



Alcalá, Federico "Arqueología de la arqueología: leer bajo nuestra piel".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2024, vol. 13, n° 30, pp. 32-43.

Arqueología de la arqueología: leer bajo nuestra piel

Archeology of archeology: reading under our skin

Federico Alcalá¹

ORCID: 0000-0002-4844-7309

Recibido: 14/12/2023 || Aprobado: 21/02/2023 || Publicado: 26/03/2024
ARK CAICYT : <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/m1km5bykf>

Resumen

La arqueología foucaultiana ha pasado por distintas etapas desde su auge en la década de 1960 y actualmente parece constituirse en una especie de pieza de museo un tanto incómoda para el pensamiento contemporáneo: es objeto de cierta veneración, pero al mismo tiempo resulta difícil atribuirle alguna autonomía que no tenga en cuenta a la genealogía o algún otro elemento teórico que la acompañe. El propio Foucault contribuyó parcialmente a ello. Sin embargo, a partir de una aproximación relacionada con la lectura como concepto y que a la vez recupere cierta dimensión material de la arqueología en relación con el trabajo sobre el suelo, se podría arrojar nueva luz sobre esta pieza ineludible del pensamiento occidental y sobre la reflexión vinculada con el archivo en general.

Palabras clave

Archivo; arqueología; discontinuidad; lectura.

Abstract

Foucauldian archaeology has gone through different stages since its rise in the 1960s and now seems to be a kind of museum piece that is somewhat uncomfortable for contemporary thought: it is the object of a certain veneration, but at the same time it is difficult to attribute to it any autonomy that does not take into account genealogy or some other theoretical element that accompanies it. Foucault himself partially contributed to this. However, from an approach related to reading as a concept and at the same time recovering a certain material dimension of archaeology in relation to the work on the ground, new light could be shed on this inescapable piece of Western thought and on the reflection linked to the archive in general.

Keywords

Archive; archaeology; discontinuity; reading.

¹ Licenciado en Letras Modernas y Corrector Literario por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente es alumno del doctorado en Letras en esa misma institución gracias a una beca doctoral del CONICET. Ha dictado clases de Lengua y Literatura en el nivel medio durante cinco años y actualmente se desempeña como docente adscripto en la cátedra de Teorías de los Discursos Sociales II de la carrera de Letras Modernas en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Contacto: alcala.federico@hotmail.com



I. Las arqueologías

La historia de la palabra *arqueología* en el pensamiento foucaultiano es la de un ascenso progresivo y una caída bastante abrupta. Edgardo Castro señala que fue tomada del vocabulario kantiano (y no del freudiano, como algunos habían supuesto), ya que Kant la había utilizado para referirse a: "...la historia de lo que hace necesaria una forma de pensamiento" (Castro 42).² En *La arqueología del saber* encontramos también una referencia a la arqueología en tanto ciencia del estudio de los 'monumentos mudos', es decir, en el sentido disciplinar clásico (entre histórico y antropológico) de la palabra. Foucault tomaría este término por analogía para referirse a su propuesta por oposición al modo tradicional de hacer historia. En todo caso, no se trata de un uso etimológico en la dirección de un *arkhé*, de un origen metafísico a restituir, sino en la dirección de una práctica historiográfica. Habría que agregar, más allá de cualquier mención de la tradición filosófica en relación con la palabra *arqueología*, que es ineludible pensar en la disciplina arqueológica convencional: es decir, esa práctica metódica y rigurosa que consiste en delimitar un área de suelo y remover la tierra poco a poco para dar con ciertas materialidades más olvidadas que ocultas, más embadurnadas de sedimentos y capas de tiempo que escondidas a la mirada. Una práctica que si es de reconstrucción, es también de construcción indefectiblemente, como mínimo en lo que hace al juego de las decisiones sobre lo que es relevante y lo que no, pero también en relación con la elección de ese suelo bajo nuestros pies, como se verá luego.

Decíamos que se trata de un ascenso progresivo ya que en *Enfermedad mental y personalidad* aparece nombrada solo una vez: "La névrose est une archéologie spontanée de la libido"³ (Foucault, *Maladie mentale* 26) y, como se ve, no parece revelar aún (o solo potencialmente) la conceptualización posterior. Ya en la *Historia de la locura en la época clásica* se la nombra unas cuatro veces en el cuerpo del texto, en general como al pasar, sin mayores precisiones. Sin embargo, conviene detenerse en la primera aparición en ese libro: "[...] rehacer la historia de ese proceso de ostracismo es hacer la arqueología de una alienación" (Foucault, *Historia...* 129), donde se deja entrever una inquietud que siendo histórica es, a la vez, historiográfica y que resulta ser uno de los ejes de la arqueología. Luego aparece en relación con el concepto de *sinrazón* que se configura como la "[...] oscura memoria que acompaña a la locura [...]" y que la designa a menudo como la arqueología espontánea de las culturas" (168), donde se la usa de un modo similar al de la obra de 1954. Lo siguiente es una referencia a una multiplicidad de "arqueologías médicas" (174) y finalmente una potente pero no desarrollada referencia a "la arqueología del saber" (184).

Quizás más importante que estas menciones sea la que aparecía en el prefacio original del texto y que luego Foucault eliminó en las reediciones de la década de 1970. Este prefacio se puede encontrar en el primer volumen de *Dits et écrits* (1994) y allí se dice que se ha producido una interrupción, un quiebre, un silencio en la construcción de la locura como enfermedad mental a finales del siglo XVIII dado por el monólogo que monta la psiquiatría, a partir del cual la razón es la que habla sobre la locura de forma unidireccional: "Je n'ai pas voulu faire l'histoire de ce langage; plutôt l'archéologie de ce silence"⁴ (Foucault, *Dits* 160). A

² En efecto, la palabra aparece en la obra póstuma de Kant *Los progresos de la Metafísica desde Leibniz y Wolff*, en la página 341 de la edición original que la edición digital respeta (también aparece en la *Crítica del juicio*, pero con una acepción más tradicional). Se trata apenas de una mención respecto de una *arqueología filosófica* en un apartado con el sugerente título: "De una historia filosofante de la filosofía". Este texto tiene evidentes vínculos con algunas reflexiones foucaultianas, como se verá luego. Foucault realizó una tesis complementaria publicada en español como *Una lectura de Kant. Introducción a La antropología en sentido pragmático* donde la palabra casi no se nombra, pero se hace referencia de forma frecuente a los escritos póstumos de Kant.

³ "La neurosis es una arqueología espontánea de la libido" (la traducción es mía).

⁴ "No quise hacer la historia de ese lenguaje, sino más bien la arqueología de ese silencio" (la traducción es mía).

la inquietud histórica/historiográfica se suma entonces la inquietud por la discontinuidad, por el punto en el cual el silencio abre un hiato subterráneo frente a la continuidad superficial.

El caso de *El nacimiento de la clínica* aporta algunas dimensiones interesantes a la hora de estudiar el proyecto arqueológico en general. Si antes la arqueología era apenas nombrada, este es el primer libro de Foucault en el que aparece en una posición dominante, como es la del subtítulo, *Una arqueología de la mirada médica*, lo que la emparenta fuertemente con los dos libros siguientes, ya que *Las palabras y las cosas* también presenta ese término en el subtítulo, mientras que en *La arqueología del saber* se eleva a la categoría de título. Este desplazamiento es significativo porque está acompañado de una transformación del artículo que va del indeterminado al determinado: de *una* arqueología en los subtítulos de los dos primeros casos, pasamos a *la* arqueología en el último. Este doble movimiento, el de un cambio de jerarquía en la posición de la palabra y el de la transformación del artículo, nos da la pauta de que asistimos a un recorrido que va, dicho un poco toscamente, de lo particular a lo general. Es como si Foucault recorriera un camino que lo lleva de la prioridad del *objeto* hacia la prioridad del *método*, en el sentido de dar primero un paso pragmático de análisis, en el cual la palabra arqueología constituye un anclaje provisorio que le permite alejarse de ciertos modos de hacer estudios sobre las relaciones entre historia y saber, para pasar luego a una revisión pormenorizada de sus propios pasos (que no es puramente descriptiva, sino que procura corregir y reorientar la perspectiva).

De hecho, se puede describir el proceso gradual de ese desplazamiento en el contenido mismo de los libros. En *El nacimiento de la clínica* se realiza un estudio de una transformación radical del saber en el caso de la medicina: el paso a paso del surgimiento de los reglamentos, las leyes y los estatutos y, a la vez, la aparición de distintas publicaciones (o cartas) de la época, permiten describir y analizar los cambios que ocurren a finales del siglo XVIII, en plena Revolución Francesa, y que dan lugar al surgimiento de la mirada médica en tanto clínica. En este libro, el trabajo está enteramente destinado a una única dimensión del saber muy específica y los vaivenes institucionales y políticos acompañan permanentemente el análisis. Estos no se presentan en razón de un principio de causalidad, como si las decisiones del Directorio revolucionario, por ejemplo, determinaran verticalmente las opciones discursivas de los autores citados por Foucault y las prácticas médicas o como si las decisiones políticas motorizaran transformaciones epistemológicas: se trata más bien de una gran maquinaria de engranajes solidarios y un poco inestables de la que emerge finalmente la nueva mirada médica de un modo progresivo: “Por una convergencia espontánea de presiones y exigencias que provenían de clases sociales, de estructuras institucionales, de problemas técnicos o científicos, muy diferentes los unos de los otros, por una suerte de ortogénesis, está por formarse una experiencia” (Foucault, *El nacimiento* 100-101).

En *Las palabras y las cosas*, esta referencia a una multiplicidad de factores que suponen finalmente la transformación del saber desaparece para dar lugar a una propuesta deliberadamente menos confiada de su capacidad de explicar el motivo del cambio: “Para una arqueología del saber, esta abertura profunda en la capa de las continuidades, si bien debe ser analizada, y minuciosamente, no puede ser ‘explicada’ ni aun recogida en una palabra única” (Foucault, *Las palabras* 231). En lugar de aquella “convergencia espontánea” aparecerán referencias a una discontinuidad “enigmática” (231) o a un “acontecimiento fundamental” (262), pero siempre un tanto mudo ante las preguntas arqueológicas. Podría pensarse que esto se vincula con el cambio de objeto: después de todo, las reflexiones sobre los seres vivientes (en el paso de la historia natural a la biología) o sobre los seres deseantes (en el paso del análisis de las riquezas a la economía política), mucho más “teóricas”, no podían interactuar del mismo modo que la práctica médica con un acontecimiento político como la Revolución Francesa. Sin embargo, sin descartar por completo esta hipótesis, se puede pensar que opera en ese desplazamiento un refinamiento metodológico: comienza a tomar forma una arqueología que

se aleja de aquellas suposiciones causales y de la causalidad misma, porque su programa tiene más que ver con atacar las causalidades instituidas por distintas disciplinas como la historia de la ciencia o la historia de las ideas que con proponer otras nuevas.

Esta transformación está acompañada de una ampliación en la extensión del campo de estudio: de una *arqueología de la mirada médica*, pasamos a una *arqueología de las ciencias humanas* que lleva a Foucault a hablar no solo (y, en cualquier caso, relativamente poco) de la sociología o la psicología, sino de la biología o incluso de la física, además de suponer una escala de tiempo mucho mayor (más parecida a la de la *Historia de la locura*). No se hablará ya de la medicina o del arte de curar o de unas ciertas prácticas médicas, sino de la *cultura*. Es esto lo que eventualmente habilitará la consideración de algo así como una *episteme*, no imposible pero sí innecesaria en *El nacimiento de la clínica*.

De todas formas, es preciso aclarar que ambos estudios son compatibles en el nivel del análisis de la discontinuidad en el plano del saber. La emergencia de la clínica (y de la anatomía patológica después) ocurre de forma contemporánea al paso de la *episteme* clásica a la *episteme* moderna y, puliendo algunos matices, respeta la lógica de la irrupción del tiempo que desgarró la potencia de la representación como eje organizador del saber en el elemento del cuadro: “En la medicina de las especies, la naturaleza de la enfermedad y su descripción no podía corresponder sin un momento intermediario que era, con sus dos dimensiones, el ‘cuadro’” (Foucault, *El nacimiento* 134). Mientras que luego, en el marco de la clínica: “La *historia* de las enfermedades [...] toma ahora su dimensión cronológica. El *curso* del tiempo ocupa, en la estructura de este nuevo saber, el papel desempeñado en la medicina clasificadora por el espacio plano del cuadro nosológico” (134). La clínica sería, vista desde esta perspectiva, un elemento más que podría añadirse a la economía política, la biología y la filología como emergencias de la *episteme* moderna. No obstante, esto sería antes un efecto de lectura que una afirmación tajante sobre los libros: como dijimos, la arqueología no es un campo homogéneo y solo un trabajo de análisis y síntesis (con sus violencias, con sus olvidos, con sus agregados) puede suponer aquella simetría. Lo mismo ocurre con *Historia de la locura*, cuyo ordenamiento de las discontinuidades podría superponerse bastante bien al de *Las palabras y las cosas*, operando algunas maniobras conceptuales.

Finalmente, en *La arqueología del saber*, Foucault formaliza más rigurosamente sus consideraciones acerca del saber a partir de la problematización del concepto de *continuidad* en el campo de la historia y del discurso (o más bien en el valle que reúne a la historia con el discurso): “Hay que realizar ante todo un trabajo negativo: liberarse de todo un juego de nociones que diversifica, cada una a su modo, el tema de la continuidad” (Foucault, *La arqueología* 33). Como en el caso de la práctica arqueológica convencional, hay que hacer un cierto trabajo que podríamos llamar higiénico: establecer un perímetro o una zona de interés, relevar sus características más sobresalientes o evidentes a primera vista (quizás para negarlas más tarde) y recién entonces comenzar a excavar concretamente. No debe olvidarse que en este libro el pensador francés está definiendo los parámetros teóricos y metodológicos de su flamante disciplina, la arqueología del saber. Su búsqueda es la de quien intenta diferenciarse y mostrar su novedad, su singularidad irreductible, pero lo hace de una manera inesperada, de una manera sin duda muy foucaultiana. El primer paso que realiza es el de despejarse de todas aquellas corrientes y categorías con las que su producción podría confundirse para una mirada rápida o ingenua: el dominio de acción se despeja con esta operación y no todos los recursos son igual de valiosos, ni todas las herramientas ni todo lo que se encuentra. Evita así comenzar por una presentación sistemática cargada de conceptos y estructuras que se pretendieran originales. Foucault no realiza el gesto de quien intenta fundar un aparato conceptual en una tierra libre y virginal, sino que sale a la conquista de otros campos para mostrar su inestabilidad, su falta de rigor o, más bien, su insuficiencia para dar cuenta de los fenómenos discursivos. Sin embargo, la particularidad de su aproximación reside en que todo aquello que ha despejado y,

aparentemente, descartado permanece finalmente bajo el ala de su propuesta, como si esta emergiera del murmullo de todo lo que ella no es, del hueco que deja todo lo que ha sido atacado por el trabajo crítico: todo lo que ha descartado como categoría de análisis, regresa luego como objeto de estudio. Ahí encontramos una delimitación perimetral interesante: no vale todo ni da todo lo mismo, hay más bien una esfera de interés que reúne y rehúye a la vez de varias disciplinas. Lo que hay de positivo y de propositivo en la arqueología es siempre el resultado de una batalla cuyo escenario es el propio texto y que vale, en sí mismo, como proceso arqueológico.

La arqueología es, en este sentido, una disciplina residual: es lo que queda una vez que el enfrentamiento ha tenido lugar. Es importante remarcar que no se trata de un mecanismo retórico o formal de presentación de los conceptos, como si por motivos estéticos o exclusivamente estratégicos se hubiera evitado, en principio, la explicitación de lo que se entiende, por ejemplo, por discurso o por enunciado. Esas nociones, en la perspectiva de Foucault, solo pueden abordarse partiendo del barro que empantana a las disciplinas vinculadas al lenguaje y a la historia. Más aún, son nociones hechas de barro y, a la vez, embarradas. En este punto podemos hablar de una fricción bastante productiva entre la arqueología foucaultiana y la arqueología tradicional: hay que hacer un trabajo sobre ese barro, sobre esa tierra confusa bajo nuestros pies, para poder extraer algo que nos permita pensar. Sin embargo, no se trata de buscar objetos en el fango, pedacitos de un pasado en ruinas que nos expliquen cómo vivían otros, qué deseaban otros, qué sabían y cómo lo sabían: más bien (o también) buscamos nuestras propias herramientas de excavación en ese barro, en ese suelo en el que hemos delimitado un perímetro. Foucault se enfrenta simultáneamente a dos capas de sedimento: la de las disciplinas con las que discute y a partir de las cuales (y contra ellas) forma sus propios conceptos y la del momento histórico o la disciplina que está estudiando. Con una moldea los elementos que necesita para poder mirar la otra. La ruina es, en este sentido, autoconstruida (y, desde esta perspectiva, no existe otra posibilidad: no hay ruina que no tenga un componente barroso que le permita entrar dolorosamente en nuestros moldes).

En el caso de Foucault, toma nociones que están allí a la mano, en la órbita de todos los vástagos de la lingüística y en la práctica de todo trabajo con el archivo. Sería demasiado ingenuo pretender fundar una nueva disciplina vinculada al discurso de la nada, por fuera de todo lo anterior y también sería muy ingenuo atacar y descartar lisa y llanamente a la lingüística, a la historia del pensamiento o de las ideas, a la pragmática, etc. En cambio, se puede (con una voz que en principio resulta un tanto anónima) trabajar con lo que hay y en lo que hay para modelar nuevamente ese barro disciplinar. Es así que, sin efectuar todavía grandes definiciones, Foucault procede a atacar un conjunto variado de conceptos, cuya unidad (vinculada a la idea de continuidad) se aprecia fácilmente: tradición, influencia (33), desarrollo, evolución, mentalidad, espíritu (de época) (34) e incluso nociones como las de *libro* y *obra* (35). Todas estas categorías suponen un principio sintetizador de los acontecimientos discursivos a partir de variables extrínsecas arbitrarias como el origen común, la concepción teleológica de la temporalidad o la consciencia del sujeto (individual o colectivo). Incluso propone un cuestionamiento de las grandes tipologías discursivas (política, ficción, ciencia) en tanto entidades supra o metadiscursivas: “[...] son a su vez hechos de discursos que merecen ser analizados al lado de los otros, con los cuales tienen, indudablemente, relaciones complejas, pero que no son caracteres intrínsecos, autóctonos y universalmente reconocibles” (Foucault, *La arqueología* 35).

En esta nueva arqueología, la noción de discurso extiende su influencia más allá de los márgenes relativamente estrechos en los que había sido utilizada en los libros anteriores. El nuevo concepto que de algún modo será rival de la *episteme* es el de *formación discursiva*, sobre el que volveré luego, pero que brevemente puede definirse como un sistema de dispersión de enunciados que los reúne bajo la lógica de las reglas de formación y no ya bajo aquella del

origen común, del tema en común o de tantas otras categorías endebles e irreflexivas. En todo caso, esta irrupción del discurso en esos términos tendrá un cierto efecto sobre la noción de saber y de archivo que habrá que describir.

Desde una perspectiva global, las distintas arqueologías presentan algunas tensiones y también muchas coincidencias. Hemos mencionado varias coincidencias o incluso elementos complementarios: en *La arqueología del saber*, entre otras cosas, se les da un sustento teórico-conceptual a las arqueologías anteriores. Sin embargo, hay en ello también una crítica: “Todas estas tareas se han realizado con cierto desorden y sin que la articulación general quedara claramente definida. Era tiempo de darles coherencia, o al menos intentarlo” (Foucault, *La arqueología* 27). Apuntará respecto de la *Historia de la locura* que: “[...] concedía una parte bastante considerable [...] a lo que en ella se designaba como una ‘experiencia’, mostrando con eso hasta qué punto se estaba cerca de admitir un tema anónimo y general de la historia” (29). De *El nacimiento de la clínica* dirá que: “[...] el recurso, intentado varias veces, al análisis estructural, amenazaba esquivar lo específico del problema planteado y el nivel propio de la arqueología” (29). Con respecto a *Las palabras y las cosas* agregará lo siguiente: “[...] la ausencia de abalanzamiento metodológico pudo hacer pensar el análisis en términos de totalidad cultural” (29). Se trata de críticas certeras que nos obligan a no suponer alegremente la unidad global del proyecto arqueológico, pero que aún nos permiten definir la dirección de un recorrido que va del caso particular al caso general y de allí al método y a la teoría propiamente dicha, exactamente al revés de la lógica con la que se construye cualquier investigación universitaria, donde el primer paso es definir parámetros teórico-metodológicos para luego presentar el estado de la cuestión y pasar, finalmente, al análisis de casos, datos, objetos, etc.

II. La arqueología como lectura

Si quisiéramos identificar el punto de encuentro entre las distintas arqueologías, el lugar en el que se tocan y en el que participan de una cierta comunidad, de un cierto proyecto, podríamos (además de tener en cuenta la probable filiación/desviación kantiana) decir que se trata de un modo de leer. Dos preguntas surgen inmediatamente: ¿Cuáles son las características de ese modo de leer? ¿Leer qué?

A la primera pregunta probablemente no podamos responder de un modo exhaustivo, pero lo que dijimos antes sobre *La arqueología del saber* nos ofrece un punto de partida prometedor: este modo de leer supone dos movimientos, a veces sucesivos y a veces simultáneos, por medio de los cuales se efectúa una crítica de los distintos modos de leer ya existentes referidos al mismo (digamos, un poco rápida y antifoucaultianamente) *objeto* y luego (o en el mismo gesto) se construye una nueva manera de comprenderlo a la vez residual (porque siempre toma elementos de aquello que descarta y siempre se constituye en relación con eso) y propositiva (porque siempre supone una desviación radical de lo que se había considerado sobre ese mismo *objeto*).

La noción de *discontinuidad* asume entonces su espesor foucaultiano específico: la lectura arqueológica construye la discontinuidad allí donde todos han visto continuidad: la locura en términos modernos no *deviene* objeto de estudio para la ciencia luego de un proceso de creciente formalización, sino que es constituida como tal por ese mismo proceso de configuración de una ciencia como la psiquiatría; la clínica no es el *devenir* natural de “la medicina”, como puede parecer en retrospectiva, sino una cesura profunda en el marco de ese saber; la historia natural *no es* la madre de la biología; el sujeto o la tradición *no nos aseguran* la regularidad discursiva. Este modo de leer comparte (es) esa discontinuidad: “La discontinuidad es una noción paradójica, ya que es a la vez instrumento y objeto de investigación; ya que delimita el campo cuyo efecto es” (Foucault, *La arqueología* 19). Esta

suerte de circularidad teórico-metodológica ha sido indicada por Edgardo Castro en varias oportunidades⁵ y el autor argentino ha añadido a esta doble función una tercera, que opera como una suerte de síntesis:

Introducir la categoría de discontinuidad en la historia del saber implica, en cuanto ella es una operación deliberada del historiador, confrontarse con la historia trascendental de las ideas y de las ciencias; en cuanto es un concepto metodológico, renunciar a las categorías provenientes de las ciencias humanas; y en cuanto resultado de la descripción, sustraerse al antropologismo moderno. (Castro 26)

De la discontinuidad como instrumento metodológico y como objeto de estudio se desprende (o se pretende) un resultado que se aleja de concepciones modernas (surgidas de la *episteme* moderna), como veremos en los próximos párrafos. En todo caso, allí ubica Judith Revel buena parte de lo que podríamos llamar el eje unificador del trabajo foucaultiano a lo largo del tiempo.

Se lee, entonces, a contrapelo de *las lecturas*, de lo que se ha leído; se lee como crítica y como propuesta; se introduce la discontinuidad (como instrumento) y se la postula (como objeto);⁶ momento negativo y momento positivo pero (y esto enturbia las aguas) sin todo el aparataje metafísico de la dialéctica, porque se trata de una estrategia y de una ficción, de una ficción entre (y contra) otras. La discontinuidad es una suerte de brújula para orientarse entre los contemporáneos o entre los inmediatamente anteriores porque permite a la vez situar y diferenciar el propio trabajo.

Finalmente, este modo de leer no busca “interpretar” lo que ha sido dicho, no al menos en cuanto a buscar un sentido más o menos oculto, más o menos encriptado. Si hemos supuesto la continuidad una y otra vez al realizar nuestras lecturas, una vez introducida la discontinuidad será necesario repensar bajo qué condiciones ha sido posible la existencia de aquello que leemos, qué sistema de reglas ha regido su producción. Podríamos pensar en la materialidad de la excavación como proceso por el cual separamos algo de la tierra, lo removemos del suelo bajo nuestros pies y lo ponemos a la altura de la mirada: hemos operado una discontinuidad que de alguna manera ya estaba ahí, en lo que unía al objeto con la tierra, y hemos hecho posible una mirada. Solo al excavar y al mirar podremos preguntarnos cómo llegó a ese lugar, bajo qué sistema de coordenadas y de determinaciones.

A lo largo de los textos arqueológicos nos encontramos con distintos interlocutores (los otros “productores de lecturas”), a veces referenciados en el propio desarrollo, a veces más o menos implícitos. Podemos nombrar la historia del saber, de las ideas, de la cultura, de las ciencias (tanto en sentido global como de cada ciencia en particular), cierta epistemología dominante, cierta historiografía dominante (de la que se anuncia una serie de fisuras en *La arqueología del saber*), entre otros. Hacia el final de la etapa arqueológica se suman otros actores de los cuales Foucault busca distinguirse, no ya por motivos vinculados directamente a la historia, pero tampoco ajenos a la problemática de la continuidad/discontinuidad: a la hora de describir el enunciado, será necesario desasirse de la pragmática y sus actos de habla, de la lingüística y sus frases y de la lógica y sus proposiciones. Nuevamente, la arqueología definirá su región de influencia *contra*, pero también *entre* todas esas disciplinas y categorías. En todo caso, se trata de otro nivel de estudio: “Par archéologie, je voudrais désigner non pas exactement une discipline, mais un domaine de recherche [...]”⁷ (Foucault, *Dits* 498).

⁵ “El pensamiento arqueológico de Foucault [...] se desarrolla siguiendo una circularidad que va del análisis histórico a la metodología de este análisis y de ésta a aquél” (Castro 25).

⁶ Claro que de todo aquello surgen continuidades, pero son continuidades de otra índole porque no son el punto de partida, sino lo que resta una vez establecida la discontinuidad.

⁷ “Quisiera llamar arqueología no a una disciplina exactamente, sino un campo de investigación” (la traducción es mía).

De cualquier manera, lo que reúne a todas aquellas manifestaciones de la continuidad, a todas aquellas disciplinas y conceptos que perpetúan deliberada o inconscientemente las relaciones de continuidad entre las distintas singularidades que pueblan el saber en sus distintas dimensiones, puede pensarse a partir de dos grandes vertientes del pensamiento occidental emergidas de la última gran discontinuidad epistémica descrita por Foucault en *Las palabras y las cosas*: se trata de la fenomenología y del estructuralismo. El modo de leer arqueológico se caracteriza, en última instancia y más allá de todas las batallas locales, por (intentar) evadirse al mismo tiempo de la lógica del sujeto fundante y de la tentación de la formalización pura sin sujeto, ambas atrapadas en el juego del antropologismo moderno (entendido en el sentido de pensar a partir de la finitud humana). A Foucault le resulta bastante más fácil la primera operación que la segunda (el hecho de que en esta etapa se lo haya asociado permanentemente al estructuralismo, a pesar de sus recusaciones, da cuenta de ello), pero de cualquier modo ambas funcionan como horizontes problemáticos de la reflexión. Castro da distintos nombres a los dos frentes de esta guerra arqueológica: pueden pensarse como fenomenología y estructuralismo o bien como sentido y estructura, interpretación y formalización, subjetivismo y objetivismo (25).

La noción de discurso viene a permitirnos abrir esa brecha que, de alguna manera, nos sitúa en una frontera: “Para la arqueología, la historicidad del discurso, la historicidad del saber es irreductible a la interioridad del sujeto y a la objetividad de la estructura” (Ídem 190). En la misma dirección, aunque haciendo mayor énfasis en el balanceo permanente entre crítica y uso, Dreyfus y Rabinow señalan esa misma problemática en un libro que la incorpora desde el título: *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (2001).

Si dijimos antes que la arqueología es una especie de disciplina o, adoptando la formulación de Foucault, un campo o dominio de investigaciones que tiene la característica de ser *residual*, agregaremos ahora que es también un campo obstinado y deliberadamente *fronterizo*. Fronterizo con respecto a su estatus, serpenteante entre método y teoría (no es ninguna de las dos cosas y es las dos *a la vez*, no sucesivamente), ya que siempre que es historia es también historiografía, siempre que roza la epistemología es también una crítica de la epistemología; fronterizo con respecto a su ubicación en la juntura de dos colosos del pensamiento occidental, es decir, en el escarpado y frágil borde que separa al estructuralismo de la fenomenología, pero que trata de eludirlos a ambos; fronterizo, finalmente, con respecto a la época que le da lugar, ya que se repliega y se retuerce sobre el horizonte lejano pero cierto de sus propias condiciones históricas de posibilidad, a las que no puede dejar de mirar constantemente y de las que no puede separarse por completo.

Aparece entonces una dimensión más a tener en cuenta en relación con este modo de leer que apunta a sus entrañas mismas: ya no *la arqueología*, sino *el arqueólogo*. Hasta ahora hemos eludido esa complicada figura que se encuentra en una posición muy similar en la arqueología foucaultiana y en la arqueología tradicional: un sujeto parado sobre una cierta tierra removida, rodeado de un perímetro (ni muy arbitrario ni muy justificado), despejando con sumo cuidado unos objetos o unos enunciados, en cualquier caso, unas ciertas materialidades valiosas y raras con respecto a las cuales el trabajo comienza con el proceso de excavar y desenterrar, pero se extiende muchísimo más allá. Hay que decir que sería absurdo y contradictorio suponer una naturaleza intemporal para la arqueología, es preciso considerarla como un modo de leer estrictamente *situado*. ¿Situado dónde? En el marco de las propias coordenadas epistémicas que ha procurado describir. Puede sonar paradójico, pero tal es la condición necesaria de un pensamiento fronterizo y residual en estos términos. El arqueólogo, el lector, no puede sustraerse a la maquinaria que ha construido pacientemente. Habla desde una posición frágil, siempre parcial, siempre a punto de ser reabsorbida por su propio objeto, pero ese es también el peso de su denuncia: nadie puede hablar desde la plenitud intemporal de un discurso, digamos, *metadiscursivo*. Quien lo haga, más allá de sus intenciones y de lo que crea, en

realidad estará jugando a hacerlo, construirá una ficción y se encargará de configurar o heredar una verosimilitud y unos parámetros de lectura.

Cuando a Foucault se le pregunta por la relación entre la “objetividad” de sus análisis y su posición como autor de *Las palabras y las cosas*, comienza afirmando lo siguiente: “La única forma de responderle es sumergirme en el libro mismo” (Foucault, *¿Qué es usted* 61). El sujeto que habla en la arqueología existe como tal, pero tiene unas características muy particulares: “[...] está en efecto presente en la totalidad del libro, pero es el ‘uno’ anónimo que habla hoy en todo lo que se dice” (61). El riesgo de esta perspectiva es su recursividad infinita. Hay que aceptar que se lee a partir de unas ciertas coordenadas que la propia lectura ha establecido, pero a la vez, según esa lectura, esas coordenadas son las que impone la época, en definitiva, la *episteme*. No hay salida a este atolladero porque la salida supondría creer que uno ha salido del discurso mientras habla. La confusión entre sujeto y objeto, entre teoría y método, entre el *a priori* y lo histórico, entre la historiografía y la historia es constitutiva y no accidental o producto de una negligencia. Nuestra mejor opción será, entonces, permanecer en la frontera: “On doit échapper à l’alternative du dehors et du dedans: il faut être aux frontières⁸” (Foucault, *Dits IV* 574).

Esta frontera inestable es la misma, aunque no en relación con el arqueólogo sino con la arqueología en general, que propone Mathieu Potte-Bonneville en *Michel Foucault, la inquietud de la historia* cuando analiza la *Historia de la locura* y se encuentra con una suerte de ambigüedad o de doble recorrido simultáneo y paradójico en relación con los conceptos de *sinrazón* y *locura*: “La sinrazón es el afuera y la reserva de una experiencia de la locura, experiencia que no admite, por lo que a ella concierne, ni horizonte accesible ni lugar reservado” (75). De otro modo, pero por los mismos motivos, nos encontramos una duplicidad irreductible e insuperable que nos hace sospechar de la existencia de un nivel más profundo, pero que constantemente se nos sustrae: la sinrazón chispea como una especie de espejo último que da lugar a la locura, pero a la vez esta solo parece existir en el marco de sus propias reglas autónomas e históricas de emergencia. Foucault no puede elegir un sustrato ahistórico, un suelo final y sólido a partir del cual todo comienza, pero tampoco puede dejarse llevar por un relativismo que lo condene al mutismo o que suponga hablar por hablar: el precio a pagar por evitar esas opciones es asumir esta ambigüedad permanente que, finalmente, es la misma que enfrenta al arqueólogo con su tiempo. No podrá hablar sino desde su tiempo, con las reglas que su tiempo le impone, pero que, como tales, son un postulado de la propia arqueología. Asumir esa situación supone el esfuerzo máximo por ubicarse en el borde de la propia cultura. Quizás la única certeza que podemos darnos, en esta dirección, es elegir la materialidad siempre como horizonte y como suposición de trabajo: la arqueología foucaultiana se instala sobre un suelo que previamente no solo ha delimitado, sino que ha definido como suelo posible, como materialidad bruta sobre la cual trazar perímetros y desplegar escobillas. La arqueología ha elegido, entre objetividad y subjetividad, el camino de la ficción, como se verá en los siguientes apartados.

III. La arqueología como lectura del archivo

La segunda pregunta, *¿qué se lee?*, nos introducirá en breve en la batalla de los conceptos. Por empezar, se puede decir rápidamente y sin equivocarse que si nos preguntamos a qué se refiere ese modo de leer que es la arqueología, qué se lee específicamente, una respuesta acertada es: se lee el archivo. ¿Qué otra cosa ha hecho Foucault, en cuanto a su actividad intelectual, durante los años 60 (y quizás durante toda su vida) que no haya sido leer el archivo, los archivos, un archivo? Y habrá que añadir: ¿Qué otra cosa ha hecho que no sea leer el archivo y escribir la

⁸ “Debemos escapar de la alternativa de afuera y adentro: debemos estar en las fronteras” (traducción mía).

lectura? Y esto dicho en un sentido estrictamente barthesiano. En general, cuando Barthes habla de escribir la lectura como gesto de la crítica, hace referencia a textos literarios casi de forma exclusiva. No obstante, su formulación coincide de un modo bastante exacto con las reflexiones de los párrafos anteriores:

Abrir el texto, exponer el sistema de su lectura, no solamente es pedir que se lo interprete libremente y mostrar que es posible; antes que nada, y de manera mucho más radical, es conducir al reconocimiento de que no hay verdad objetiva o subjetiva de la lectura, sino tan sólo una verdad lúdica (Barthes 37).

Si reemplazamos “texto” por “archivo” (no es poca cosa, está claro), nos encontramos con una formulación muy precisa de lo que estas páginas han propuesto como comprensión de lo que significa el esfuerzo arqueológico foucaultiano. El desgarrar que supone ese desacoplamiento respecto de la verdad objetiva, pero también de la verdad subjetiva, es lo que permite escribir la lectura del archivo bajo el ala de lo lúdico, de la ficción entendida siempre como juego de reglas variables, contingentes, arbitrarias, pero reglas al fin. Barthes nos dice más: “[...] en cierta manera, lo que he intentado es filmar la lectura” (36). Se refiere a su trabajo en *S/Z*, pero uno tiene la sensación, al leer a Foucault, de que asiste justamente al espectáculo un tanto cinematográfico, en sus movimientos y sus piruetas, de la exposición de una lectura, de una lógica de lectura, que no muestra ni la verdad del archivo, ni la verdad del lector, sino otra cosa que siempre se vislumbra, pero que nunca llega a materializarse del todo. Es que en realidad no hay verdad para mostrar, verdad prefabricada, sino más bien escritura e inquietud, siempre se está en proceso:

Si je devais écrire un livre pour communiquer ce que je pense déjà, avant d’avoir commencé à écrire, je n’aurais jamais le courage de l’entreprendre. Je ne l’écris que parce que je ne sais pas encore exactement quoi penser de cette chose que je voudrais tant penser. De sorte que le livre me transforme et transforme ce que je pense [...] Je suis un expérimentateur et non pas un théoricien (Foucault, *Dits IV* 41-42).⁹

Por otra parte, podemos decir que una lectura arqueológica tiene siempre un doble texto o un texto escindido: está aquello que se lee y también están todas las otras lecturas que se han hecho sobre eso que se lee. Su coreografía un poco estrábica oscila entre postular modos nuevos de comprender la historia de alguna franja de saber, librando a la vez una batalla un poco sorda contra todas las lecturas anteriores, y atacar directamente con uñas y dientes esas lecturas, utilizando referencias más o menos ejemplares de aquellas franjas del saber ya analizadas. El primer caso sería predominante en *Historia de la locura, El nacimiento de la clínica y Las palabras y las cosas*, y el segundo caso lo sería en *La arqueología del saber*. Esa oscilación está siempre en movimiento, nunca está quieta del todo, de modo que ambas variantes se confunden permanentemente.

Esta especie de intromisión destaca las características que señalamos antes: las otras lecturas están allí porque son el barro a partir del cual la arqueología se construye, no se entiende sin ellas (esa es su dimensión *residual*); las otras lecturas trazan el contorno del presente, el marco a partir del cual es pensable el archivo y a la vez el límite de ese marco, en el cual trata de ubicarse el arqueólogo (esa es una parte de su dimensión *fronteriza*) y, por último, las otras lecturas son aquello de lo que pretende distinguirse la arqueología, por lo que deberá desplegar

⁹ “Si tuviera que escribir un libro para comunicar lo que ya pienso antes de empezar a escribir, nunca tendría el valor de emprenderlo. Escribo justamente porque aún no sé exactamente qué pensar sobre eso que tanto me gustaría pensar. De tal manera que el libro me transforma a mí y a lo que pienso [...] Soy un experimentador, no un teórico” (la traducción es mía).

estrategias (su dimensión *seductora* y *persuasiva*). Entre el lector-arqueólogo y el texto-archivo, las otras lecturas-textos son las que impiden una sutura final: son leídas, son objeto de una lectura (porque la arqueología debe capturarlas de algún modo), pero son también voces rivales, son otros lectores diciendo lo contrario a lo que dice el arqueólogo. Escribir la lectura se convierte, en la arqueología, en una escritura de la contralectura.

Pasemos ahora a ese objeto (seguiremos repitiendo que esta palabra es inexacta, incómoda) un poco difícil de capturar que es el archivo. Para Foucault no se trata de un conjunto de documentos viejos (podríamos decir: no solo), ni de una institución ni de una abstracción que trate de reunir bajo su ala los restos visibles de una época. Probablemente la definición más concisa que da Foucault es la siguiente: “[El archivo] Es *el sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados*”¹⁰ (*La arqueología* 171). Un poco más claramente: “El archivo es en primer lugar la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares” (*La arqueología* 170). De manera que la arqueología se constituye en una lectura de ese sistema o al menos en la búsqueda de una descripción del conjunto de reglas que lo constituyen. Esa ‘ley’ es en verdad un fruto de la arqueología: no está oculta ni disponible, sino que es preciso construirla.

Pero esa escritura se puede entender a la vez como la escritura *de la lectura* del archivo y como la escritura *del propio archivo*, en el sentido de producir el archivo en el mismo acto de “leerlo”. Si esto es un poco paradójico, a la vez es coherente con todo lo que venimos diciendo: no confiamos en la existencia de “el archivo” como entidad absolutamente objetiva, ajena a nosotros mismos, que o se describe con arreglo a la realidad o está uno errado; pero tampoco confiamos en un relativismo absoluto que supusiera un archivo constituido solo subjetivamente. El archivo es a la vez lo que se lee y el producto de esa lectura.

En su primer curso sobre Foucault, Gilles Deleuze se detendrá varias veces en el tema del archivo y ofrecerá una perspectiva muy singular. Dirá que un archivo “es la recopilación audiovisual de una época, lo visible y lo enunciable” (36). Notemos que Foucault se refiere específicamente a los enunciados (o, si queremos ponernos más cerca de Deleuze, a lo enunciable), pero en *La arqueología del saber* no hace referencia a lo visible para definir el archivo. Esto obedece a que Deleuze está construyendo su propia lectura y decide tomar como conjunto estos textos de los sesenta. En ese corpus ciertamente hay no solo referencias a la disyunción entre lo visible y lo enunciable sino también libros enteros que parecen estar más dedicados a lo visible que a lo enunciable (como *El nacimiento de la clínica*) y viceversa. Desde esta perspectiva el archivo se compone de dos elementos que tienen una relación de primacía sin reducción el uno respecto del otro: lo enunciable prima sobre lo visible, sin que este último se deje entender en términos del primero. Lo enunciable tiene que ver con aquello que se puede decir en una época determinada (es esa ‘ley’ de la definición foucaultiana), mientras que lo visible es lo que una época permite ver. Ambas variables dependen de dos regímenes distintos, bastante abstractos: el *hay lenguaje* y el *hay luz*, que determina cómo “se agrupa” el lenguaje en esa época y como “cae” la luz para generar esas visibilidades.

Si bien la lectura deleuziana parece convertirse por momentos en una nueva propuesta casi ajena a Foucault, en verdad está tirando de algunos hilos que han quedado sueltos entre los textos y que permiten llevar la reflexión todavía más lejos. Que el archivo sea audiovisual implica que podemos llevar nuestras lecturas más allá de los enunciados, podemos avanzar hacia otras positividades epocales, las visibilidades, aunque en principio resulta complicado (salvo algunas excepciones) trabajar con otras cosas que no sean textos que hablen sobre esas visibilidades. En este punto, quizás apelar a la arqueología tradicional nos permitiría comprender más fácilmente estos procesos en los cuales no nos interesa solamente lo que ha

¹⁰ Itálicas en el original.

sido dicho, sino lo que ha sido hecho y cómo se vio lo que se vio, al mismo tiempo que nos preguntamos cómo lo vemos nosotros mismos.

En cualquier caso, al definir el archivo de esta manera, Deleuze se encuentra con un problema o, si no es para tanto, con una curiosidad: “Notarán que he definido ‘archivo audiovisual’, ‘formación histórica’, ‘combinación entre los visibles y los enunciables’, y ‘saber’ de la misma manera. Y sí. Sucede que para Foucault nada hay bajo el saber [...] No hay experiencia antes del saber” (33). Efectivamente se produce una cierta superposición de conceptos, como ya habíamos anticipado, que proviene de los propios textos foucaultianos y que tiene que ver con las transformaciones, rectificaciones y ratificaciones a las que se someten esos conceptos. Habría que agregar otras nociones que hemos nombrado como la de *a priori* histórico, formación discursiva y, por supuesto, *episteme*, para ver cómo se conjugan, si es que lo hacen. La advertencia de Deleuze es valiosa: que no haya nada bajo el saber, en el sentido de una experiencia salvaje u originaria, supone un Foucault tratando de escapar a la fenomenología. Por otra parte, nos devuelve a nosotros mismos a la superficie, ya que es lo único que tenemos: el lugar del arqueólogo, no hay que olvidarlo, está en la superficie, parado o arrodillado, habiendo removido parte de la tierra tal vez, pero apoyado sobre su propio suelo. El enunciado, fruto de la excavación sobre nuestros pies, no guarda una verdad metafísica en su seno, una verdad misteriosa o una parte de una clave secreta que hemos de reconstruir: es apenas una materialidad que nos ponemos delante de los ojos. En cualquier caso, quedaría por realizar una revisión minuciosa de otros conceptos, pero eso cae por fuera de los esfuerzos de este artículo, cuyas pretensiones se reducen a escarbar bajo la piel de la arqueología y postular su carácter de escritura de la lectura de un archivo.

Obras citadas

- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Buenos Aires, Paidós, 1994.
- Castro, Edgardo. *Diccionario Foucault. Temas, conceptos, autores*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Deleuze, Gilles. *El saber. Curso sobre Foucault. Tomo I*. Traducción y notas de Pablo Ires y Sebastián Puente, Buenos Aires, Cactus, 2013.
- Dreyfus H. y Rabinow, P. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Traducción de Rogelio C. Paredes, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.
- Foucault, Michel. *Maladie mentale et personnalité*. París, Presses Universitaires de France, 1954.
- Foucault, Michel. *Dits et écrits I*. París, Gallimard, 1994.
- Foucault, Michel. *Dits et écrits IV*. París, Gallimard, 1994.
- Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica I*. Traducción de Juan José Utrilla, México D.F, FCE, 1998.
- Foucault, Michel. *El nacimiento de la clínica*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Foucault, Michel. *¿Qué es usted, profesor Foucault?* Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.
- Potte-Bonneville, Mathieu. *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires, Manantial, 2007.
- Revel, Judith. *Foucault, un pensamiento de lo discontinuo*. Buenos Aires, Amorrortu, 2014.